

Muse - Black Holes and Revelations

Warner Records / Reino Unido

Cualquier reseña de un disco de Muse trae inevitablemente a colación el nombre de **Radiohead**. Ya sea para decir lo mucho que se parecen a los de Oxford en la época de **The Bends** y el **Ok Computer**, o para precisar cómo, ésta vez, avanzan hacia un camino propio. La voz del vocalista, Mathew Bellamy, es a la vez handicap y virtud; calcada a la de Thom Yorke, produce a priori la impresión de que nos encontramos ante una de las evoluciones posibles de Radiohead de haber optado éstos por un planteamiento más comercial. Pero Muse no se contenta con ser un apreciable émulo de éstos y así aumenta disco a disco su grado de ambición, ampliando su repertorio de influencias hacia una tierra de nadie entre el rock indie y el rock grandilocuente de estadio. Sin embargo, para grupo indie le sobra megalomanía y le falta profundidad y sutileza, empeñado en abrumar al oyente con cada canción; para tocar en estadios, le sobra histrionismo, pretenciosidad y arreglos.

Black Holes and Revelations es su cuarto lp de estudio, en el que repiten con el productor de su anterior entrega, **Absolution**. Aunque menos plagado de hits que el anterior, la formación inglesa repite el uso y abuso de sintetizadores y la recarga de arreglos. Resulta algo más contenido en los recursos vocales, con efectos de voz al estilo inconfundible de Queen, riffs de guitarra ochenteros e incluso referencias evidentes a **Depeche Mode** ("Map of the Problematique"). Algunas melodías y ejecuciones resultonas quedan emborronadas por estribillos facilones y/o barroquismo ("Take a Bow", "Supermassive Black Hole"). Salvo dos anodinas y prescindibles baladas, a mitad del disco, la banda se entrega con la pasión que la define a estructuras que casi siempre producen una fuerte sensación a *deja vú*. Parece a cada momento empeñada en levantar la canción definitiva, que atrape al que la escuche y lo arrastre sin control. Es esta vehemencia la que provoca cierta indulgencia a pesar de todo, haciendo hasta cierto punto soportable su desmesura. Pero también puede provocar irritación a la vista de una música opaca y unos planteamientos empeñados en el impacto inmediato y superficial.

La canción que cierra el disco, "Knights of Cydonia", es un buen ejemplo de todo lo anterior. Deliciosamente anacrónica, mezcla de **Queen** y **Black Sabbath**, pretenciosa en la letra, logra un indudable encanto con su tono desfasado ejecutado con total solemnidad; siempre, eso sí, que el oyente no se la tome demasiado en serio, algo que parece lo contrario de lo que pretende el grupo.

Jaime Menchén López